

ASPECTOS BIBLICOS DE LA EXHORTACION APOSTOLICA

«RECONCILIATIO ET PAENITENTIA»

SANTIAGO AUSIN

Desde las primeras líneas de la *Exhortación* es indudable que el Papa Juan Pablo II pretende no sólo apoyar su doctrina en textos bíblicos, sino presentar el mensaje bíblico con lenguaje de hoy y para el hombre de hoy; late un íntimo convencimiento de que el hombre moderno puede encontrar en la Palabra de Dios una respuesta a los problemas que le acucian: «Hablar de *Reconciliación* y *Penitencia*, comienza el documento, es, para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, una invitación a encontrar —traducidas al propio lenguaje— las mismas palabras con las que Nuestro Salvador y Maestro Jesucristo quiso inaugurar su predicación: 'Convertíos y creed en el Evangelio'» (n. 1).

De aquí que la enseñanza del Pontífice discurra tendiendo un puente entre el análisis de la realidad del hombre actual y el mensaje bíblico¹. Lógicamente no aparece esquematizado el mensaje de la Palabra de Dios, puesto que el Papa presenta más bien un esquema doctrinal y, cabría decir por su presentación, catequético; pero, sin duda, en el trasfondo hay un cuerpo exegético y de teología bíblica.

Con la *Exhortación* en la mano cabría plantearse una profundización bíblica de su enseñanza, es decir, presentar un trabajo que llevaría por título «La reconciliación y la penitencia en la Biblia». Nuestro objetivo es más sencillo; pretendemos presentar el esquema de teología bíblica que subyace en el documento y poner de manifiesto el alcance profundo de los textos bíblicos utilizados². Aunque en el documento

1. Conviene señalar desde el principio que no se hace una reflexión abstracta de la situación del hombre, sino más bien se establece un diálogo con cada hombre; no hay que olvidar el carácter eminentemente pastoral del documento. Son frecuentes expresiones como las que sugiere la parábola del hijo pródigo: «El hombre —todo hombre— es el hijo pródigo...»; «el hombre —todo hombre— es también el hermano mayor...» (nn. 5 y 6).

2. En nuestro trabajo nos limitamos a las dos primeras partes de la *Exhortación*. También en la tercera hay una fundamentación bíblica, pero por ser más directamente pastoral, pensamos que no es necesario detenernos en ella. Únicamente queremos dejar constancia de que en el Documento hay un cierto paralelismo de estructura con las grandes epístolas paulinas, en las que habitualmente se distingue una parte doctrinal y otra moral.

normalmente se cita un único texto para apoyar un punto doctrinal, no se le puede objetar que esté desgajado de su contexto; se irá comprobando que los lugares bíblicos elegidos son realmente importantes y dan pie para afirmar que la doctrina que exponen está avalada en otros muchos textos bíblicos.

Teología bíblica subyacente

El punto central es la *reconciliación* en su doble vertiente: vertical del hombre con Dios y horizontal de los hombres entre sí. Ahora bien, esta segunda vertiente, dirá el Papa, es consecuencia lógica de la primera; tanto en la ruptura como en la reconciliación hay una concatenación de causa a efecto³; es lógico, por tanto, que aun teniendo siempre presente la relación entre los hombres, el hilo conductor del documento sea la relación entre Dios y los hombres.

La reconciliación es el final de un proceso; hacia ella se orienta la historia de la salvación. El esquema lógico que parece descubrirse en la mente del pontífice es el siguiente: a) un punto de partida: Dios es *amor*; el hombre, en cambio, ha respondido siempre con el *pecado*. b) un itinerario de reconciliación: Dios, después del pecado del hombre, sólo puede manifestar su amor como *misericordia*; ésta suscita en el hombre la *penitencia*, es decir, la decisión íntima de «volver a la casa del Padre»; la misericordia de Dios se concreta y se hace efectiva en la *Redención* llevada a cabo por Jesucristo; esta acción redentora inspira y constantemente impulsa el proceso de *conversión* del hombre arrepentido. La Redención, a su vez, culmina y se resume en el *mysterium pietatis*, que desarrolla el documento con amplitud; a la piedad de Dios corresponde la *piedad* del cristiano. Y así se llega a la *reconciliación plena y definitiva*.

De modo gráfico, la teología bíblica de las dos primeras partes de la Exhortación pueden describirse del modo siguiente:

<u>Dios</u>	<u>Hombre</u>
Amor	Pecado
Misericordia	Penitencia
Redención	Conversión (arrepentimiento)
Mysterium pietatis	Actitud de arrepentido (piedad)
Reconciliación hombre/Dios	

3. La descripción del pecado como ruptura es ampliamente comentada por el Santo Padre: «En las narraciones bíblicas antes recordadas, la ruptura con Dios desemboca dramáticamente en la división entre los hermanos. (...) Quien desee indagar el misterio del pecado no podrá dejar de considerar esta concatenación de causa y efecto. En cuanto ruptura con Dios, el pecado es el acto de desobediencia

La comprensión de cada uno de los conceptos, que no son abstractos, sino concretados en la relación personal Dios-hombre, dará idea de que la iniciativa parte siempre de Dios (él va por delante); podría incluso decirse que en Dios hay un proceso descendente, de aproximación al hombre y de concreción al manifestar el amor a los hombres. En el hombre el proceso es ascendente, de aproximación a Dios y de reconocimiento de su propia dignidad humana.

* * *

1. El amor de Dios

El texto fundamental de donde parte el Papa (n. 10), es el clásico 1 Joh 4,8: «Dios es amor» (ἀγάπη). Conviene señalar que el amor divino apenas se expresa con φιλεῖν, que indica más directamente el amor afectivo; ἀγάπη es la traducción del hebreo 'ahabāh, usado frecuentemente en el Antiguo Testamento⁴.

El amor de Dios que se revela, ante todo, en la creación, se va concretando en la *elección* de un pueblo y de unas personas que van a ser los depositarios y los testigos del amor infinito y universal de Dios. Puede afirmarse que el amor de Dios se manifiesta en y a través de la elección del pueblo; y el amor al pueblo se manifiesta en y a través de la elección de las personas —reyes, sacerdotes, profetas— que reciben la misión de guiar al pueblo.

Tres textos se citan en la *Exhortación* para reflejar estas ideas: el amor de Dios hacia todas las criaturas: Sap 11,23-26. El amor al hombre le lleva a encumbrarle en un puesto de honor: Ps 8,4-8. La predilección divina al hombre se hace realidad en la reconciliación y pacificación universal: Eph 2,11-16.

Los dos primeros pasajes son diáfanos; el tercero merece un breve comentario:

a) Amor universal a todas las criaturas:

«Tú amas todo lo que existe y no odias nada de cuanto hiciste;

de una criatura que, al menos implícitamente, rechaza a aquél de quien salió y que la mantiene en vida; es por consiguiente, un acto suicida. Puesto que con el pecado el hombre se niega a someterse a Dios, también su equilibrio interior se rompe y se desatan dentro de sí contradicciones y conflictos. Desgarrado de esta forma el hombre provoca casi inevitablemente una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado» (n. 15).

4. Tanto el término griego como su correspondiente hebreo suponen una elección entre varios; cuando al Hijo se le denomina ἀγαπητός está significando «el predilecto» (Cfr. E. STAUFFEK, ἀγαπάω, en TWNT, I, 20, 54, especialmente I, 37; C. SPICQ, *Agapé dans le Nouveau Testament*, Paris 1966).

que si algo odiases no lo habrías creado;
 ¿cómo subsistiría si tú no lo hubieras querido?
 ¿o cómo se iba a mantener lo que ha sido llamado por ti?»
 (Sap 11,23-26) ⁵

b) Predilección por el hombre:

«Cuando miro los cielos, hechura de tus manos;
 la luna y las estrellas que tú has fijado.
 ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él;
 el hijo del hombre para que cuides de él?
 Lo hiciste algo menor a los ángeles,
 lo coronaste de gloria y de honor,
 le diste poder en la obra de sus manos,
 todo lo pusiste bajo sus pies» (Ps 8,4-8) ⁶.

c) Alcance reconciliador de la predilección divina:

«Pues El es nuestra paz, el que de los dos (pueblos) hizo uno y destruyó el muro intermedio de separación, la enemistad, anulando en su carne la ley con sus mandamientos y normas, para crear en sí mismo, de los dos, un hombre nuevo, haciendo la paz, y para reconciliar a ambos con Dios en un solo cuerpo por medio de la cruz, destruyendo en sí mismo la enemistad» (Eph 2,14-16).

Reconoce el Papa que «este texto se refiere directamente a la superación de la división religiosa dentro de Israel, en cuanto pueblo elegido del Antiguo Testamento y los otros pueblos llamados todos ellos a formar parte de la Nueva Alianza» (n. 10).

Ahora bien, Dios no buscaba esa división; ya en el Deuteronomio aparece con claridad que la elección de Israel no se debía a que poseyera cualidades por encima de los demás pueblos, sino al puro amor de Dios:

«Tú eres un pueblo consagrado a Yahweh, tu Dios; a ti te ha escogido Yahweh, Dios tuyo para que vengas a ser para El, pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que existen sobre la faz de la tierra. No se ha prendado de vosotros Yahweh ni os ha elegido porque seáis más numerosos que todos

5. En este texto se basa Santo Tomás para demostrar que la creación es buena, por ser fruto del amor de Dios: «Amor Dei est infundens et creans bonitatem in rebus» (*S. Th.*, I, q. 20, a. 2). Una ampliación de la actividad creadora de Dios en el Libro de la Sabiduría puede verse en C. LARCHER, *Études sur le livre de la Sagesse*, París 1969, pp. 388-398.

6. «In questo salmo non si tratta però della creazione in genere, ma solo de qualche suo aspetto, e, in particolare dell'elemento più importante di essa, l'uomo» (G. CASTELLINO, *Libro dei Salmi*, Torino 1955, pp. 446-449).

los demás pueblos, pues sois el más insignificante de todos ellos; sino por el amor de Yahweh a vosotros y por haber guardado el juramento que juró a vuestros padres» (Dt 7,6-8) ⁷.

El gran error y el gran pecado del pueblo consistía con frecuencia en una falsa interpretación de la predilección divina: ellos interpretaban que, siendo hijos de Abraham no podían recibir castigo; consideraban que Dios les había elegido por sus cualidades: «Nosotros somos hijos de Abraham» (Ioh 8,33; Mt 3,8). «Pues yo os digo, responde Juan Bautista, que Dios tiene poder para suscitar hijos de Abraham de estas piedras» (Mt 3,9).

Efectivamente, es en el Nuevo Testamento, donde alcanza su plenitud la revelación del amor divino en todos sus aspectos: Dios ama al hombre por encima del resto de las criaturas, más que a los lirios del campo, o a las aves del cielo (Mt 6,25-34); desde toda la eternidad los ha elegido, los ha predestinado a ser hijos suyos, les ha dado a conocer el misterio de su voluntad (Ef 1,8-14). Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4). Jesucristo ha venido para eso, para que tengan vida y la tengan en abundancia (Ioh 10,10).

El amor paternal, por tanto, no se limita a comunicar privilegios, sino que nos hace hijos suyos (Gal 4,4-7), exigiendo el amor mutuo (Ioh 13,14; 15,2) y el cumplimiento de todos los preceptos (1 Ioh 3,11-18: «No amemos de palabra, y con la lengua, sino con obras y con verdad»).

La predilección divina no es excluyente, sino difusiva y universal; implica la exigencia de llevar a todos el mensaje y don del que se es beneficiario. «La Iglesia, dirá el Papa aplicando las palabras de 2 Cor 5,20, siente el deber de repetir a todos con San Pablo: 'Reconciliaos con Dios'» (n. 9).

2. El pecado

Del concepto de pecado que en el Antiguo Testamento aparece como mancha (*hata'*), malicia (*'awôn*), o desobediencia (*peša'*), el Papa alude en una nota (n. 68) a la terminología del Nuevo Testamento: *ἀμαρτία* (error, como el más frecuente), *ἀδικία* (injusticia), *παράβασις* (transgresión), *ἀσεβεία* (impiedad); pero más profundamente que estas palabras que miran al pecado casi exclusivamente desde la óptica del hombre,

7. Un tema dominante en el Deuteronomio es que el Señor ha buscado y ha tomado para sí un pueblo entre las naciones (cfr. G. VON RAD, *Deuteronomy*, London 1966, pp. 23-27 y 68).

interesa desentrañar el alcance de la fórmula del Apóstol «mysterium iniquitatis» (2 Thes 2,7)⁸. Y alude a las narraciones de los grandes pecados: Babel y el primer pecado. En ambos queda patente que la «relación con Dios es rota con violencia: 'En el caso del Edén aparece en toda su gravedad y dramaticidad lo que constituye la esencia más íntima y más oscura del pecado: *la desobediencia a Dios*'» (n. 14)⁹. El pecado de Babel también está descrito como la pretensión de construir una ciudad y hacerse fuertes y poderosos *sin Dios* o *contra Dios* (n. 14).

En ambas narraciones «la ruptura con Dios desemboca dramáticamente en la división entre los hermanos»: «Quien desee indagar el misterio del pecado no podrá dejar de considerar esta concatenación de causa y efecto» (n. 15).

No deja de llamar la atención que el Documento no aluda a las diversas transgresiones culturales y legales que tan minuciosamente se describen especialmente en los escritos de la fuente sacerdotal y en la Ley de Santidad (Lev 17-26). Únicamente cita los textos del Levítico, al referirse a los pecados mortales: los cometidos «con mano alzada» (Num 15,30); las impudicias (Lev 18,26-30); la idolatría; los sacrificios de niños a Molok (Lev 20,1-7). Mientras que considera veniales los cometidos por ignorancia, que podrían ser perdonados mediante los sacrificios expiatorios (Lev 4,2ss.; 5,1ss.; Num 15) (n. 17).

En cambio, en la *Exhortación* se alude con frecuencia a historias de pecado (Eden, Babel, David...), es decir, aquellas narraciones que la Biblia nos transmite en las que cada uno puede verse reflejado como pecador.

En toda esta reflexión no hay una mera descripción teórica del concepto de pecado, ni una lista de pecados a evitar, sino, sobre todo, una consideración vivencial. Urge mucho más que una descripción abstracta, una llamada apremiante al hombre pecador, partiendo del texto de San Juan: «Si decimos que no estamos en pecado, nos engañamos a nosotros mismos. Si reconocemos nuestros pecados, El que es fiel y justo nos perdonará los pecados» (1 Ioh 1,8ss.; cfr. n. 13)¹⁰.

8. Cfr. P. ROSSANO, *Lettere ai Tessalonicensi*, en *La Sacra Bibbia*, Roma 1965, pp. 140-141.

9. El documento no se detiene a describir el género literario de ambos pasajes ni a otras cuestiones que podrían plantearse; únicamente recoge la doctrina que en ellos se contiene, en lo cual están todos los estudiosos de acuerdo (Cfr. P. VAN IMSCHECOT, *Teología del Antiguo Testamento*, Madrid 1969, pp. 672-682).

10. Carece de fundamento la opinión de algunos (J. Cheider, R. Schnackenburg, etc.), que quieren restringir estas palabras sólo a quienes habiendo pecado quieren aparecer como inocentes. El uso de la primera persona, que se repite en 2,2 y en otros lugares de la Carta induce a darle el sentido obvio de que todo cristiano debe reconocer honradamente su condición de pecador (cfr. TERTULIANO, *De pudicitia* 19,22-28; S. CIPRIANO, *De dominica oratione*, 23; C. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catecheses*, 5,16). Véase J. BONSIRVEN, *Cartas de San Juan*, Madrid 1966, pp. 78-92.

Con insistencia y claridad dirá el Pontífice que el conocimiento de sí mismo como hombre pecador es el inicio de la conversión¹¹.

* * *

Queda así establecido el diálogo entre los dos protagonistas: Dios-Amor, por un lado, y hombre-pecado (agente de la ruptura con Dios y con los hombres), por otro. A partir de este presupuesto inicial se abre todo un proceso de historia de salvación y de mensaje de reconciliación.

3. Dios Misericordia

Sobre la Misericordia de Dios habló el Papa en la Encíclica *Dives in misericordia* (1980). Allí mencionó los términos bíblicos ya clásicos: *hesed we'met*: fidelidad en el amor, como atributo exclusivo de Dios; las entrañas de misericordia (*rehem*), única expresión bíblica del amor divino con irisaciones maternas¹². Allí se extendió en la explicación de la parábola del hijo pródigo y puso de manifiesto que, después del pecado del hombre, el amor divino se manifiesta como *misericordia*¹³.

En este documento vuelve a considerar la parábola del hijo pródigo para insistir en que el protagonista principal de la historia es el Padre, que brinda la reconciliación al pródigo y la victoria sobre la incompreensión y las hostilidades humanas al hermano mayor. Cabe notar la alusión al libro de Jonás (nota 21): el pecado de Jonás consiste en no comprender que la misericordia de Dios es un *don gratuito* y que, por tanto, alcanza a todos, también a Nínive, ciudad proverbialmente perversa¹⁴.

Nadie, por tanto, puede merecer la misericordia divina; pero todos están llamados a beneficiarse de ella; la misericordia de Dios se pone de manifiesto al perdonar a Nínive; pero más aún, al enviarle al men-

11. «Reconocer el propio pecado, es más —yendo aún más al fondo en la consideración de la propia personalidad— reconocerse pecador, capaz de pecado e inclinado al pecado, es el principio indispensable para volver a Dios» (n. 13).

12. Encicl. *Dives in misericordia* (30-XI-1980), núm. 4, nota 52. Cfr. G. ARANDA, *La Misión Mesianica de Cristo en la «Dives in misericordia»*, ScrTh. XIV (1982) 583-599, especialmente pp. 591-597.

13. *Ibidem*, n. 4.

14. Dentro de las múltiples opiniones que ha suscitado el libro de Jonás, tanto en cuanto a si es relato histórico, alegoría o parábola, como en cuanto a la enseñanza que quiere dejar clara, hay unanimidad en un punto: es una llamada al universalismo frente al nacionalismo radical de la época postexilica (cfr. A. FEUILLET, *Jonás*, en DBS IV (1949) 1104-1131, con abundante bibliografía; especialmente col. 1125).

sajero que anuncie la penitencia. Es decir, la misericordia divina no sólo precede a la penitencia, sino que la causa.

4. Penitencia

El punto de arranque de la penitencia, como decimos, es el reconocimiento del propio pecado; o mejor, de ser pecador. Y esto no se da sin la iniciativa divina; basta señalar que David no se reconoce pecador hasta que el profeta en nombre de Dios se lo hace ver (cfr. n.º 23). Además de este episodio el Santo Padre menciona Rom 3,23-24: «Todos han pecado y carecen de la gloria de Dios y son justificados gratuitamente por su gracia». Este texto, como es sabido, es citado por Trento cuando define que ni la fe ni las buenas obras ni ninguna otra cosa merece la gracia por la que el hombre es justificado; la justificación es gratuita¹⁵.

La *metanoia* no es un mero concepto griego que solamente significa cambio de mente, cambio intelectual, puesto que en el transfondo late la idea de la raíz hebrea *sûb*, que significa «cambio de rumbo», desandar el camino iniciado por el pecado, respecto a Dios y respecto a los hombres¹⁶.

Los profetas repetían constantemente que la penitencia debe ser interior: «Volveos y convertíos de todos vuestros pecados... y formaos un corazón nuevo y un espíritu renovado» (Ez 18,30-31; cfr. Joel 2,12-19). La penitencia se refleja en actos externos, especialmente de justicia y de ayuda a los oprimidos (cfr. Is 1,16-19; Jer 7,1-6); pero lo esencial está en el interior y en que debe impregnar permanentemente toda la actividad exterior: «La penitencia es, por tanto, *la conversión que pasa del corazón a las obras* y, consiguientemente *a la vida entera*» (n. 4).

De esta forma la penitencia no es algo negativo, sino el primer paso hacia la reconciliación definitiva: los actos externos de penitencia cobran su pleno sentido en cuanto que son expresión de una decisión íntima y permanente de volver a la casa del Padre: «Me levantaré e iré a mi padre y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti'» (Lc 15,18-21).

5. Redención

En términos de escuela cabría decir que la Redención es la acción «ad extra», correspondiente a la misericordia, atributo divino.

En la *Redemptor Hominis* (nn. 8-10), Juan Pablo II, basándose so-

15. Cfr. CONC. TRENTO, *De iustificatione*, cap. 8 (D 1532).

16. Cfr. J. GIBLET, *Penitence*, en DBS VII (1966) 628-659.

bre todo en Rom 8,19-22, subraya que la Redención de Cristo supone una nueva creación, una creación renovada; y por tanto, tiene la doble dimensión: divina, en cuanto que es una renovada manifestación del amor de Dios; humana, en cuanto que el hombre vuelve a encontrar su propia dignidad y valor: el hombre «es confirmado y en cierto modo nuevamente creado: Ya no es judío ni griego, ya no es esclavo ni libre...» (Gal 3,28).

En esta Exhortación, en cambio, se contempla la Redención desde otro ángulo, desde la Reconciliación. Y también con la doble dimensión vertical y horizontal:

a) *Vertical*: La reconciliación con Dios que obra Jesucristo con la Redención es un «punto clave de la Cristología del Apóstol» (n. 7), como lo muestran tres textos de sus cartas en los que aparece la misma idea y hasta con las mismas palabras:

«Cuando éramos enemigos *fui*mos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo» (Rom 5,10).

«Vosotros que en otro tiempo estabais lejos de Dios... *habéis sido reconciliados* en el cuerpo de carne por medio de su muerte...» (Col 1,21).

«Y todo proviene de Dios, que *nos reconcilió consigo* por medio de Cristo...» (2 Cor 5,18).

El efecto primordial de la muerte y resurrección de Cristo es la restauración de la amistad —de la Alianza nueva y eterna— que se había roto con el pecado: «Jesús, semejante a los hombres en todo 'excepto en el pecado' (Heb 4,15) cargó sobre sí los pecados de los hombres (cfr. Is 53,4-12) y se ofreció en la Cruz, como sacrificio expiatorio por todos esos pecados (cfr. 1 Pet 2,22-25), reconciliando así a los hombres con Dios: de esta manera, mediante el sacrificio expiatorio de Cristo en la Cruz por nuestros pecados, vinimos a ser justicia de Dios en El, es decir, fuimos justificados, hechos justos delante de Dios (cfr. Rom 1,17; 3,24-26). La Iglesia recuerda esta realidad en la fórmula de la absolución sacramental: 'Dios, Padre misericordioso que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo...'»¹⁷.

b) *Horizontal*. Cristo, dice San Juan, debía morir «para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos» (Ioh 11,52). El propio Jesucristo había hablado de las «ovejas que no son de este redil...; formarán un solo rebaño con un solo pastor» (Ioh 10,16). «Ya los profetas habían anunciado la futura congregación de los israelitas fieles a Dios para formar el nuevo pueblo de Israel (cfr. Is 43,5; Ier 23,3-5;

17. *Sagrada Biblia*, t. VII, *Epístola de San Pablo a los Corintios*, traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1984, p. 298.

Ez 34,23; 37,21-34). Estos vaticinios se cumplieron con la Muerte de Cristo que al ser exaltado en la Cruz, atrae y reúne al verdadero Pueblo de Dios, formado por todos los creyentes, sean o no israelitas¹⁸.

No sólo la reconciliación entre los hombres, sino entre todas las criaturas; es lo que el Pontífice denomina «dimensiones cósmicas» de la obra de Cristo, citando especialmente Col 1,20: «Ha reconciliado consigo todas las criaturas, las del cielo y las de la tierra».

Lógicamente lo importante del misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado, es la reconciliación del hombre en su doble aspecto de liberación del pecado y de comunión de gracia con Dios.

6. *Mysterium pietatis*

La reconciliación del hombre con Dios y con los demás hombres la realiza Cristo; el documento menciona para desarrollar esta idea la expresión paulina de *mysterium pietatis*. El texto de 1 Tim 3,15ss., marca un punto culminante en la enseñanza del Pontífice, en cuanto que en él desembocan las dos primeras partes de la *Exhortación* y, a partir de él, desarrolla la tercera, más pastoral.

En contraposición al *mysterium iniquitatis* —μυστέριον τῆς ἀνομίας: 2 Thes 2,7— que abarca al diablo (ὁ ἀνομος) y su obra, el pecado, el *mysterium pietatis* se refiere a Cristo primordialmente, y a su obra de redención y reconciliación.

Dice así el texto: «Todas estas cosas te escribo con la esperanza de ir a verte cuanto antes; pero en caso de que yo tarde, lo hago para que sepas cómo conviene comportarse en la Casa de Dios, en la Iglesia de Dios vivo, columna y sostén de la verdad. Con toda seguridad es grande el misterio de la piedad:

«Que ha sido manifestado en carne y ha sido justificado en el Espíritu ha aparecido ante los ángeles y ha sido predicado a las naciones ha sido creído en el mundo y ha sido elevado en gloria».

El contexto habla de la imagen de la construcción, tan habitual en Pablo: la Iglesia es casa de Dios, como lo era el Templo, pero sabiendo que por Iglesia el Apóstol no sólo entiende la estructura, sino ante todo el aspecto vivo, puesto que en cada cristiano inhabita el Espíritu Santo (cfr. Eph 4,12; 1 Cor 3,9; Eph 2,21). Basta recordar el apelativo dado a los cristianos de «domestici Dei» (Gal 6,10; Eph 2,19).

18. *Sagrada Biblia. Santos Evangelios*, traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1983, p. 1315.

Parece probable¹⁹ que la imagen de la columna y sostén, pueda haberla tomado el Apóstol de las dos columnas exentas que había a la entrada del Templo (1 Reg 7,15-22), o, sencillamente de los templos griegos, concretamente de Efeso (todo este texto sería una contraposición a los ritos de exaltación que se celebraban en Efeso, a la diosa Artemisa). Sin recurrir a estos detalles, es una idea paulina que los cristianos han sido edificados sobre el fundamento de los profetas y los Apóstoles (Eph 2,20).

La mención de la *verdad* en el v. 15 equivale al *mysterium pietatis* del v. siguiente; expresión también similar del *mysterium fidei* que ha mencionado en el v. 9. Es decir, es el mensaje fundamental que la Iglesia ha recibido y debe transmitir (1 Cor 15,1ss.). Pero el *mensaje* no es un simple acervo de verdades, sino la persona de Jesucristo, que encarna la verdad y es el objeto de nuestra fe.

Este misterio de Cristo está descrito en seis proposiciones paralelas que formaban parte de un himno antiguo, como lo demuestran, la introducción (ὁμιλογοιμένως), la forma rítmica de las proposiciones²⁰, el uso de palabras, extraño en este sentido en las Pastorales (φανερῶς, πιστεύω, ἀναλαμβάνω), e incluso la falta de conexión de estos vv. con el contexto²¹. La existencia de himnos litúrgicos está atestiguada por 1 Cor 14,26; Eph 5,19. Este bien puede ser uno de ellos²².

El orden de esta confesión es cronológico, muy similar a Phil 2,6-11, y probablemente refleja la predicación oral primitiva: preexistencia de Cristo, su encarnación y su vida mortal, su mensaje de salvación para el mundo entero, su ascensión. Consta de tres partes²³: 1) exaltación: revelación de su preexistencia divina y de su santidad. Nótese que el sujeto es Jesucristo. 2) La proclamación de esta «elevación» ante los ángeles y ante el mundo. 3) La entronización definitiva en el cielo, una vez que las criaturas lo han aceptado.

1) Manifestación de Cristo en carne (σαρξ = *bašar*) es la definición más primitiva de la encarnación (cfr. 1 Ioh 1,2 y Ioh 1,14).

Pero Cristo, que es igual en todo al hombre, no lo es en el pecado (cfr. Heb 4,15). El es el *justificado* en el Espíritu, es decir el «hecho justo»: si la *sedaqāb* es un atributo divino, es una expresión técnica de

19. C. SPICQ, *Les Épitres Pastorales*, París 1947, p. 105.

20. En el original griego es evidente que es intencionada la asonancia de los seis verbos: ἐφανερῶθη; ἐδικαιώθη; ὤφθη; ἐκερύχθη; ἐπιστεύθη; ἀνελέμφθη.

21. Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, p. 108.

22. Cfr. J. MARTY, *Étude de textes cultuels de prière contenus dans le N.T.*, en RHPPhR 9 (1929) 369-371.

23. Parece probable que estas tres partes reflejen otras tantas fases que tenían lugar en las ceremonias de entronización real atestiguadas en el Antiguo Oriente. En esta época ya no existían tales ceremoniales, pero se conservaban en la literatura, incluso neotestamentaria, como puede comprobarse en Heb 1,5-13; Rom 16, 25-26; Col 1,26-27, (Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, pp. 108-109).

confesar la divinidad (fórmula equivalente a *cum in forma Dei esset*). Así lo entienden los SS.PP. griegos²⁴.

2) *Manifestación* a los ángeles y a los gentiles: es una manera gráfica de expresar que se ha revelado a todas las criaturas. Santo Tomás dice que «quando est incarnatum, multa mysteria innotuerunt angelis quod antea non cognoverunt»²⁵. Y el Papa subraya que «ha aparecido ante los ángeles como más grande que ellos» (n. 20). «Y a los gentiles»: lo mismo que aparece ante las criaturas más próximas a Dios, los ángeles, aparece ante las más alejadas que, según la mentalidad judía, son los gentiles. Pero con un matiz diferente: los ángeles lo han *visto* (visión inmediata); los gentiles *han sido adoctrinados* (conocimiento de fe). O, como dice el Pontífice: «los ángeles lo ven como superior a ellos; los gentiles como portador de salvación» (n. 20).

3) *Creído en el mundo y glorificado en el cielo*. La universalidad de su misión pivota también sobre dos polos opuestos: en la tierra hay (habrá) un ecumenismo completo y definitivo cuando todos crean en Él²⁶; en el cielo también el reconocimiento de Cristo será total: la Ascensión²⁷, que en la doctrina paulina resume el triunfo definitivo de Cristo, es la manifestación última de su Persona; al subir al Cielo posee de forma definitiva todos los atributos de la naturaleza divina (Rom 1,23; 1 Cor 2,8); y desde allí puede comunicar su gloria a los hombres (1 Tim 1,11; 2 Cor 3,18; 4,4). Con la Ascensión se alcanza la unión gloriosa de la naturaleza humana con Dios.

De esta forma el *misterio de piedad* equivale a la reconciliación-unión de los hombres con Dios realizada en la persona de Cristo: Él toma nuestra carne sin dejar de ser Dios; las naciones de la tierra le reconocen lo mismo que los ángeles en el cielo; vive y habita en el corazón de los hombres; pero ha subido y mora en la Gloria junto al Padre.

24. Otros, como Cayetano lo aplican a la resurrección, apoyados en Rom 1,4: en la resurrección, el Padre lo ha constituido justo y como tal lo trata; pero en el himno, en este versículo, todavía no se habla de la resurrección ni de la ascensión (Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, *ibidem*).

25. Al comentar este texto Sto. Tomás señala tres puntos: a) que la encarnación excede el conocimiento angélico; b) que los ángeles conocieron la encarnación desde el principio; c) que en el momento de la encarnación se les mostró con claridad el misterio: «Dicit ergo sacramentum illud quod apparuit angelis, et excedit etiam cognitionem angelorum (...). Et verum est quod a principio apparuit angelis, quando ex conversione ad se aedificavit ipsos; sed quando est incarnatum, multa mysteria innotuerunt angelis quod antea non cognoverunt. Et ideo dicit Beda, quod in nativitate apparuit angelis claritas, quae non antea in veritate visa est hominibus» (*Super primam epistolam ad Timotheum lectura*, ad locum).

26. Este universalismo del himno era más fácilmente comprendido con estos términos por aquellos cristianos acostumbrados a escuchar el pretendido universalismo del culto a Artemisa en Efeso (cfr. Act 19,27).

27. Ἀναλαμβάνω es un término técnico del NT para expresar el retorno de Cristo al cielo, de donde había venido (Mc 16,19; Act 1,2-11,22; Ioh 17,5) (Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, p. 110).

Tal es el objeto de la predicación de la Iglesia: «La Iglesia no se concibe más que en función del misterio de Cristo; y Cristo, a su vez, no es sino la revelación de Dios que quiere salvar a los hombres»²⁸.

7. *Conversión*

La penitencia, decíamos, es el punto de arranque hacia una conversión, es la decisión íntima de volver a la casa del Padre. La conversión es el desarrollo de la penitencia, el itinerario a recorrer hasta una reconciliación definitiva. «Tomar la actitud concreta del arrepentido, que es la de quien se pone en el camino de retorno al Padre (n. 13)». En el esquema del documento que enunciábamos al principio, es la respuesta a la obra de la Redención. El camino es claro: conversión del corazón; la victoria sobre el pecado; escuchar fiel y amorosamente la palabra de Dios; la oración personal y comunitaria; los sacramentos, especialmente el de la penitencia.

Conviene señalar que cuando Act en vez de la palabra arrepentimiento (μετάνοια), utiliza conversión (ἐπιστρέφειν) se refiere a un *encuentro* con Cristo resucitado (cfr. Act 3,19; 26,18; 11,18-21; 5,31; 17,30-31; 10,42-43)²⁹. Todos los actos de «encuentro» son actos de conversión:

a) En primer lugar lleva consigo *acoger la Palabra de Dios*: conversión y fe están íntimamente relacionadas: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15; 6,12).

b) También *las buenas obras* son expresión del encuentro con Cristo: «Producid frutos de penitencia» (Mt 3,8-10).

c) Y sobre todo, *los Sacramentos*, como aparece en la narración de la curación del parálitico, la promesa del perdón de los pecados, el diálogo con Nicodemo, el discurso del pan de vida, etc.

8. *La piedad*

«A la piedad paterna de Dios responde el cristiano con su piedad filial» (n. 21). La piedad, como virtud, es la culminación del itinerario

28. Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, p. 111.

29. En la LXX normalmente ἐπιστρέφω traduce el hebreo שָׁב; es muy raro el uso de μετανοέω. En Act 3,19 y 26,18-20 se encuentran ambos términos: aunque son prácticamente sinónimos, en los dos textos la «penitencia» precede a la «conversión»; la primera indica la decisión personal, la conversión, en cambio, indica la puesta en práctica. Cfr. G. BERTRAN, ἐπιστρέφω en TWNT, VII, 725-729 (en concreto, col. 728); E. WURTHWEIN, μετανοέω, μετάνοια en TWNT, IV, 976-985; M. MERINO, *La conversión cristiana en San Justino*, en «Studium Legionense» 20 (1979) 91-126.

del cristiano penitente; como tal tiene una doble consideración: negativa, frente a la iniquidad y el pecado; positiva de unión con Dios.

a) La acción de la piedad frente al pecado la resume la *Exhortación* con unos textos de 1 Ioh:

«Quien ha nacido de Dios no comete pecado, porque la simiente de Dios permanece en él» (1 Ioh 3,9). «Todo el nacido de Dios no peca, sino que el nacido de Dios le guarda y el maligno no le toca» (1 Ioh 5,18-19) (n. 20).

Cuando S. Juan hace estas afirmaciones categóricas está pensando en las doctrinas gnósticas que pretende desautorizar: mantenían éstos que era posible compatibilizar la fe con una vida relajada: que a los cristianos no les incumbía cumplir los mandamientos. El Apóstol enseña que no es posible cohonestar una vida de pecado con una vida de bautizado. Es lo mismo que dice unos versos más arriba (3,7): «Que nadie se equivoca: el que practica la justicia, es justo... y el que comete pecado es del diablo». Es como si dijera: El que ha nacido de Dios se esfuerza por no pecar, porque es incompatible con su condición.

Pero, añade algo más de forma un tanto diferente en ambos textos: Dios actúa en él. Notar que ambas expresiones «simiente de Dios» y «el nacido de Dios» pueden entenderse de Jesucristo³⁰. Es decir, Cristo actúa en el alma de cada cristiano para ayudarle a evitar el pecado. Trasladando estas ideas a la fraseología del Papa, cabe decir que el *mysterium pietatis* actúa en el cristiano y produce la *piEDAD* de los fieles. «Para no pecar —o para librarse del pecado— el cristiano dispone de la presencia en su interior del mismo Cristo, y del misterio de Cristo, que es misterio de piedad» (n. 20).

Se comprende que, aunque directamente San Juan habla de la incompatibilidad vida cristiana-vida de pecado, implícitamente incluye un mandato: «El que ha nacido de Dios, no debe pecar» (cfr. n. 21).

b) En sentido positivo la piedad —*εὐσέβεια*— lleva consigo un trato filial con Dios: El término «piedad» (en los Setenta equivale a «temor de Dios») casi únicamente aparece en 1 Tim; es un concepto griego que San Pablo aplica a la teología cristiana. Según la etimología (*recte-colere*) significa la práctica de la religión.

30. «La semilla de Dios (1 Ioh 3,9) puede también entenderse como la palabra de Dios o, sobre todo, el Espíritu Santo; pero no hay dificultad en aceptar, puesto que son ideas que se complementan, que en esta metáfora se alude a Jesucristo, el Germen por excelencia (Cfr. J. SALGUERÓ, *Biblia Comentada*, t. VII, Madrid 1955, p. 222).

En cuanto al «nacido de Dios», es unánime la opinión de que S. Juan se refiere a Jesucristo, a pesar de que hubiéramos esperado la expresión «Hijo de Dios» (Cfr. J. BONSIRVER, *o.c.*, p. 231; R. SCHNACKENBURG, *Cartas de San Juan*, Barcelona 1980, pp. 218-219 y 303).

San Pablo exige para la piedad, el conocimiento de la verdad revelada («la doctrina acorde con la piedad»: 1 Tim 6,3); una conducta intachable («para que vivamos una vida pacificadora en piedad y dignidad»: 1 Tim 2,2; cfr. 1 Tim 4,7); ejercitarse en la piedad. Muchos autores identifican piedad y fe, es decir, la piedad es manifestación de la fe, puesto que informa la vida del cristiano que es vida de relación con Dios Padre.

En este sentido es iluminador el pensamiento de Juan Pablo II que hace de la piedad la vía para alcanzar la reconciliación definitiva: «El misterio de la piedad es el camino abierto por la misericordia divina a la vida reconciliada» (n. 22).

Por tanto el contenido profundo del *mysterium pietatis* revela la culminación de la *historia salutis*, es decir, la reconciliación definitiva del hombre con Dios y de los hombres entre sí.

S. Ausín
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

